

CONVERSACION SESTA.

Fel. Es constante, segun confiesan los mismos evangelistas, que la mayor parte de los judios, especialmente las personas mas ilustradas, que eran los sacerdotes, los doctores y los fariseos, no reconocieron á Jesucristo por el Mesías. Esto no hubiera sucedido si en él hubieran hallado las señales y los caracteres con que los profetas anunciaron al Mesías, porque lo esperaban ansiosamente. En efecto, es preciso convenir en que ellos tuvieron razon; porque el Mesías, segun los vaticinios, debía presentarse con grandeza y con magestad; y Jesus Nazareno se crió en el taller de un artesano, vivió pobre, y mezclado con la gente mas obscura y abatida de la nacion; y así si en la creencia de las demas naciones juzgas hallar un fundamento á favor de la divinidad de Jesucristo, yo encuentro en la incredulidad de la nacion judaica otro mas poderoso en contra de esta divinidad.

Vic. Es necesario que fijémos la consideracion en las circunstancias en que entonces estaban los judios. Habian perdido el cetro y la autoridad soberana: estaban sujetos al imperio romano que los veía con desden y con desprecio: en este estado de opresion y de abatimiento, suspiraban por la libertad y el consuelo: esperaban con ansia al Mesías: sabian que los profetas lo habian llamado Rey, Señor, Poderoso, Redentor de Israel, y que dominaría á todas las naciones. ¿Qué sucedió? Que ellos como carnales y terrenos, interpretaron estos vaticinios conforme á sus inclinaciones y deseos; y de ahí es, que esperaban que el Mesías sería un guerrero invencible, que con las armas en la mano rompería las cadenas de la servidumbre en que vivian bajo el poder de los romanos, y que sería un conquistador que sujetaria todas las naciones, para que ellos las dominarían á todas. Esta opinion, ó mas bien, este sueño lisonjero, estaba estendido no solo entre los judios, sino en todo el oriente; segun refieren Tácito y Suetonio, escritores gentiles.

Estos títulos que los profetas dieron al Mesías, no se han de entender en un sen-

tido literal, sino en un sentido figurado y espiritual; esto es, que el Mesías sería grande en el orden de la santidad: que sería Poderoso, porque con la eficacia de su palabra y de su doctrina, docilitaria y convertiría los corazones: que sería Redentor de las almas, librándolas del pecado y del demonio: y que sería Rey poderoso que arruinaría la idolatría, que destruiría el imperio de las pasiones y de los vicios, que sujetaría á todas las naciones al yugo suave de su evangelio, y que formaría de todas ellas la monarquía espiritual de su iglesia.

Fel. Pero ¿como es compatible el estado de pobreza, de humildad y de abatimiento de Jesucristo, con la gloria y con la magestad que debía tener el Mesías, según los profetas?

Vic. Aquí se ve la indispensable necesidad de distinguir las dos venidas de Jesucristo: la segunda con toda la grandeza y gloria que deseaban los judios y prometen los profetas; y la primera, en un estado de humillacion y de abatimiento, como igualmente dijeron los mismos profetas. Si los judios hubieran dado con im-

parcialidad lo que á cada venida tocaba, no habrían echado menos en la primera lo que solo es propio de la segunda.

Los profetas clarísimamente predijeron, que el Mesías había de aparecer en ese estado de pobreza, de humildad y de abatimiento; y de estas circunstancias se desentendieron los judios, por lo que no es extraño que se fingieran en el Mesías un poder y una grandeza conformes en todo á sus deseos. Pero los cristianos conocemos claramente, que el estado humilde de Jesucristo es compatible con la verdadera grandeza del Mesías, cuyo oficio debía ser de salvador espiritual de los hombres, y no de conquistador ni rey temporal; según él mismo dijo en presencia de Pilatos: «Mi reino no es de este mundo.» Además de esto, Jesus hizo las demostraciones de un poder superior al de todos los conquistadores y reyes del universo, pues lo ejerció absoluto sobre la naturaleza, y sobre la muerte, en los milagros que hizo tan raros y tan admirables, de que ya hemos hablado.

Fel. No nos cansémos, Victor, las predicciones de los profetas acerca de la ma-

gestad y de la gloria del Mesías, son tan claras y tan espesas, que de ninguna manera pueden convenirse con un estado de obscuridad y abatimiento. Esto es tan cierto, que así lo afirman los mismos doctores y padres de la iglesia. Por consiguiente, Jesus Nazareno no es el verdadero Mesías.

Vic. Atendiéndolo á las mismas profecías, tu objecion queda deshecha y reducida á polvo. Los profetas anunciaron dos venidas del Mesías: la primera, de Redentor, que con sus humillaciones, con sus padecimientos y con su muerte ignominiosa redimiría al mundo; y la segunda, en que ejercerá el oficio de juez supremo de todos los hombres, para justificar su causa á presencia de todo el universo, y dar á cada uno el premio ó el castigo segun sus méritos. Pues todos los caracteres y señales grandiosas que no convienen al Mesías en el estado de pobreza, de humildad y de abatimiento de su primera venida, le convendrán cuando venga á juzgar á todos los hijos del primer hombre. Entónces se presentará con gran poder, majestad y gloria. Así se lo dijo Jesucristo á sus discípulos, y así

lo aseguró delante de los príncipes de los judios en el concilio que formaron para condenarlo á muerte. Por consiguiente, los judios en lugar de haber tenido justicia, cometieron un crimen de que son inescusables, en no haber reconocido á Jesucristo por el Mesías, porque se dejó ver en una condicion pobre y humilde, pues este estado era el que le convenia al Mesías como redentor, segun los profetas.

Debo añadir, que la nacion judia estaba dividida en dos facciones: la una era de los fariseos, que con su hipocresía la mas refinada se habian conciliado la veneracion de la plebe; y la otra era la de los saduceos, que con su doctrina licenciosa se habian grangeado la voluntad de los ricos y de los poderosos. Los primeros se habian declarado enemigos de Jesucristo por intereses temporales, que arrastran á los hombres á oponerse á la verdad y á la razon, y á cometer toda clase de perfidias y de delitos, y porque Jesucristo los reprendia públicamente. Los segundos negaban la resurreccion de los muertos, y la inmortalidad del alma; y Jesucristo los habia confundido con sus respuestas, hasta imponer-

les un total silencio: y, en fin, los sacerdotes que temian la ruina de su estado con el establecimiento de la nueva ley. Estas tres clases de hombres gobernados por estos principios, tomaron ocasion para constituirse enemigos de Jesucristo, y para amotinar contra él á la nacion, sobre quien temian tanto ascendiente. Por lo mismo, no es extraño que hombres de tales procedimientos no reconocieran á Jesucristo por el Mesías; y sí es de admirar, que lo reconocieran muchísimos de los judios, entre los cuales se contaban muchos sacerdotes y personas principales; de modo que la primera iglesia se formó de los judios. Ultimamente, la incredulidad y la reprobacion de los judios (para la que Dios tuvo muy justas causas) estaban profetizadas, segun consta por sus mismas escrituras; y por una providencia admirable ellas han servido para que crean en Jesucristo las demas naciones. Porque si todos los judios hubieran creído, hubieran sido unos testigos sospechosos, por ser compatriotas de Jesucristo; y si todos hubieran perecido, no nos hubieran quedado testigos fidedignos de que ya ha venido el Mesías. Decia S. Agustin:

» Permanecen, y á cualquiera parte que van llevan consigo los libros que contienen las profecías, para que cotejándose con estos los libros del cristianismo, se vea claramente, que los cristianos no han fingido los vaticinios de los profetas acerca del Mesías, y se vea igualmente, que estas profecías están cumplidas en la persona de Jesucristo. De manera, que los judios son los portadores del antiguo Testamento, para que crean los cristianos, y ellos sean confundidos.

Para concluir este punto me parece muy conveniente referir las palabras que el sábio Heydeck, judio convertido al cristianismo, dirige á sus hermanos los demás judios. Dice así:

» Habiendo estado esta nacion casi quinientos años poseida de un sumo horror á la idolatría, y llena de un celo grande por la honra de Dios en su propio pais y santa ciudad, vino Tito con un ejército romano, quemó el santo templo, derramó la sangre de millares de sus habitantes, y condujo esta nacion hebrea al cautiverio mas grande y mas duro, cual nunca pueblo alguno experimentó.

Estos son los judios que todavia per-

manecen derramados por toda la tierra ya hace mas de diez y siete siglos, sin rey, sin príncipe, sin gobierno, sin templo, sin altar, sin sacerdocio, sin profetas ni visiones.

En las tierras de su infeliz cautiverio no alcanzan jamás descanso, ni encuentran consuelo. Ellos son el escarnio, el desprecio y el oprobio de todas las demás naciones.

¿Qué pecado, hermanos míos, qué pecado ha podido causar esta tan grande desgracia al pueblo, que fué antes el pueblo elegido? ¿Qué culpa ha merecido esta total destruccion? La idolatría, la depravacion de las costumbres, el derramamiento de la sangre de los santos profetas, fueron castigados solamente con setenta años de cautiverio en Babilonia, y esto con señales y privilegios que anunciaron su breve libertad; pero esta última destruccion que ya cuenta veinte y cinco veces mas que la de Babilonia, con mucho rigor, sin indicio alguno de libertad, sin consuelo, y que segun podeis conocer, ni hay ni habrá señal de alivio alguno, ni tendrá fin. ¡Oh hermanos míos! os compadezco: mi corazón llora vuestra desgracia: el Dios de Abraham

se apartó de vosotros: el Dios de Isaac os cerró las puertas de la misericordia: y el Dios de Jacob se ha declarado contra vosotros. Ahora ¡oh pueblo infeliz! ahora llamais al Dios de Israel; pero él no oye vuestras oraciones. Considerad, amigos míos, considerad vuestra desgracia. Buscad con atencion sus causas: examinad los profetas: preguntad á los padres: consultad á los ancianos: ellos pueden informaros de la causa porque Dios se ha alejado de vosotros, y no oye vuestras oraciones. El pecado de Israel, tan grande y tan enorme, es haber vendido al justo por plata: haber levantado sacrílegamente las manos contra el enviado de Dios: haber despreciado la raíz de Jesé: haber ultrajado al Jehová, el Santo de Israel: haber muerto al Mesías, al ungido de Dios: este es el pecado, ¡oh pueblo infeliz! que os causó estos castigos extraordinarios”

He aquí los sentimientos de un hombre nacido y educado en el judaismo, é imbuido en sus máximas erróneas; pero que empeñado en investigar imparcialmente la verdad, se entregó al estudio y á la reflexion; y Dios, que no niega su gracia

á aquel que hace lo que está de su parte, disipó sus tinieblas con la luz de la verdadera fe, y lo convirtió de un judío en un cristiano defensor del cristianismo. ¡Oh si todos los que se hallan apartados del camino de la religion imitáran á Heydeck, y á otros muchos que yo te podría citar, entre los cuales ocupa el lugar preferente el admirable Agustino! Entónces.....

Fel. Basta, Victor: tú has hecho el sacrificio de confesarme, cubierto de rubor que fuiste mi verdadero enemigo con máscara de amistad, cuando corrompiste mi corazón inocente, y fuiste la causa de mis extravíos con tus malos consejos y peores ejemplos. Yo, compelido imperiosamente por la razón y por la gratitud, no puedo menos que confesarte, que ahora me has dado la prueba y el testimonio mas auténtico de una amistad verdadera. Aunque tus discursos fueran falsos y alucinantes, conozco que son hijos de la sinceridad de tu corazón, y del amor que me profesas. Tú me reputas por un hombre desgraciado, y compadecido de mi miseria te empeñas en introducirme por las sendas de la verdadera felicidad. ¡Ah! soy el mas desventurado de todos los hom-

bres. En otro tiempo involuntariamente hacia yo un cotejo de los dias de mi niñez con los de mi juventud: comparaba el amor á la virtud con mis vicios posteriores: mi candor con mi malicia: mi modestia con mi desvergüenza: mi compasion para con los infelices, con mi insensibilidad y mi dureza: y en fin, la piedad de la religion que profesaba, con mi incredulidad. Todo esto causaba en mi conciencia los remordimientos mas crueles y mas devoradores, y escitaba en mi corazón las dudas mas tristes y melancólicas. Me decia yo á mí mismo: si es verdad lo que la religion enseña, hay en Dios una justicia que premia la virtud y castiga el vicio; y entónces ¿qué será de mí? Vendrá sobre mi cabeza el golpe de una venganza eterna por mis crímenes.

Pero despues me alentaban mis pasiones, y pareciéndome esta reflexion debilidad de espíritu, propia de un hombre preocupado y fanático, procuraba revestirme del carácter de fortaleza de un filósofo incrédulo. Solicitaba la paz y la tranquilidad, engolfándome en un océano de placeres y de deleites sensuales: y, en fin, aturdido ya con el tumulto de mis pasiones, iba entrando

en sosiego, ó mas bien en un letargo de insensibilidad.

Pero ahora, por una parte el peso de tus razones inclinan mi entendimiento á que rinda vasallage á la fe, y vuelva á militar bajo las banderas de la religion de que he desertado. Por otra parte, los discursos de los incrédulos que me han parecido tan convincentes, luchan contra esta inclinacion. El camino de la fe me parece mas seguro; pero mas estrecho y mas áspero. Las sendas de la incredulidad me parecen mas peligrosas; pero mas dilatadas y halagueñas á mis sentidos, por lo que yo quiero creer y no creer, y esta contradiccion de pensamientos y de afectos aumenta mis dudas y mis temores, y produce en mi corazon un furor que me impele á arrojarme en los brazos de la desesperacion; porque cerradas para mi las puertas del consuelo, me veré precisado á ser víctima de mi propio despecho, ó de una melancolia funesta, que aniquile mi existencia en pocos dias.

Vic. Calla, amado Felix, y da lugar á la reflexion. El remedio de los males no ha de ser otro mal mayor é irremediable. El consuelo no lo debes buscar en la des-

esperacion. Arroja te en los brazos de un Dios infinitamente bondadoso y clemente, y allí encontrarás todo bien. De tus mismas espresiones me voy á valer para dissipar tus dudas, para desvanecer tus temores, y para inspirarte confianza. Con esto volverás al seno de la religion, y conseguirás la felicidad que no te puede producir esa filosofia falsa y ruinosa para sus secuaces.

Tú dices, que tu entendimiento agitado por las dudas que le producen razones contrarias, vacila sobre el partido que debe abrazar; yo digo, que el de la religion: porque aun en el caso de que hubiera iguales fundamentos á favor de la fe y de la incredulidad, la prudencia aconseja que se abraze el partido mas seguro. Este es el de la fe. Escucha este discurso breve y poderoso que te indiqué al principio de nuestra conversacion. En el caso de creer, ó la religion es verdadera ó es falsa: si es verdadera, te librarás de una desgracia eterna, y serás feliz por infinitos siglos. Si es falsa, ¿qué es lo que vas á perder con tu creencia? Nada; ántes bien vas á lograr muchísimo, si á tu fe se junta la observan-

cia de los preceptos del evangelio: porque serás misericordioso, benéfico, útil á tu patria, honrado, y amado de los hombres; porque es carácter de la virtud ser venerada, y hacerse amable. Esta es la razon porque hasta los mas viciosos y aun los mismos incrédulos quieren muchas veces ser reputados por virtuosos. Pero en el caso de que no creas; entónces si la religion es verdadera, gravitará sobre tí el peso de una eternidad desgraciada; y si la religion es falsa, ¿qué aventajarás con no creer? Gozar de los bienes mezquinos, falases y transitorios con que brinda la filosofia de la incredulidad. Estos son los placeres y los deleites de los sentidos, que en lugar de satisfacer los deseos inmensos del corazon del hombre, le causan una hidropesía que cada dia se hace mas insaciable; y como le falta el temor y el amor de Dios, que son los únicos frenos que contienen el bruto de las pasiones, éste se deshoca por los caminos anchurosos del vicio. De ahí es, que el incrédulo es sobervio, orgulloso, impaciente, vengativo, gloton, y deshonesto; con lo que se hace aborrecible á sus semejantes, y él mismo se aligera los dias

de su morada sobre la tierra; porque la fiera rabiosa de los vicios, destroza y aniquila cuanto precioso encuentra en el hombre; segun ha enseñado la esperiencia diaria y constante de todos los siglos.

Me dirás, que muchos incrédulos han manifestado en su conducta virtud y arreglo de costumbres; pero yo te responderé, que esa virtud no es verdadera. Ve aquí las dos razones en que me fundo. Los cristianos están convencidos de que han sido criados por Dios, y destinados á un fin sobrenatural, que es amarle y servirlo en la vida presente, y despues gozarlo y glorificarlo en las mansiones eternas. Confiesan que son innumerables los beneficios que han recibido de la mano bondadosa de Dios, especialmente el de la redencion, y conocen la necesidad de observar las leyes de Jesucristo, ó por temor de un castigo eterno, ó por la esperanza de un premio infinito; y con todo, ¿cuantos cristianos arrastrados por la corriente impetuosa de las pasiones, viven de tal modo como si nada de esto creyeran? Y muchos de ellos por motivos de honor y por miras particulares, cubren los vicios de su corazon con el ve-

lo de la hipocresía. Pues ¿qué será respecto de los incrédulos que no quieren conocer estas obligaciones: que nada temen ni esperan en la eternidad: y que se esfuerzan á persuadirse que no hay otra felicidad que la que consiste en el goce de los placeres carnales, y en los pasatiempos de esta vida terrena?

La otra razon es una prueba concluyente tomada de sus mismos escritos. En ellos estampan estas máximas inhumanas y detestables: que las madres abandonen á sus hijos recién nacidos, para entregarse libremente á nuevos placeres: que los hijos nada deben á sus madres por haberlos concebido y dado á luz; y que los hijos no están obligados á amar á sus padres, cuando estos se oponen á sus intereses. En estos libros se hallan los elogios del adulterio, del incesto y de toda clase de obscenidades; y se aplaude como grandeza de ánimo, que el hombre despechado se de la muerte á sí mismo; y en fin, segun los principios de muchos filósofos incrédulos, la felicidad del hombre estriva en andar en cuatro pies como las bestias, esparcidos por las selvas.

Estos son los grandes filósofos, los desocupados, los maestros de todos los hombres, y los genios bienhechores de todo el género humano que siempre tienen en su boca las palabras *felicidad, patriotismo, humanidad, y filantropía*; pero cuyas obras son opuestas diametralmente al sentido verdadero de estas voces, y cuya soberbia monstruosa los hace despreciadores de todos los que no convienen con sus sistemas: creyendo hacer honra escesiva con dar los títulos de ignorantes, de preocupados, de fanáticos y de supersticiosos á todos los que han hecho y hacen profesion del cristianismo. ¡Ah, qué filósofos tan envidiables, pues para ellos solos estaba reservado el conocimiento de la verdad, y el privilegio esclusivo de discurrir y de saber!

Por no molestarte no quiero hacer mencion de sus folletos llenos de insultos y de blasfemias horrendas contra Dios y su religion, cuyo culto está establecido como ley fundamental de muchos reinos y estados en que residen: del empeño en hacer despreciables y odiosas las autoridades, especialmente eclesiásticas: de sus libros, pinturas y estampas lascivas, impúdicas é in-

fames: y finalmente, de su falta de política y de cortesía en las concurrencias, aflijendo é irritando á los cristianos con disputas, desprecios, sarcasmos, ironías, bulonadas y chistes contra la religion, contra la iglesia, y contra sus ministros.

Todo esto prueba, que los incrédulos ni son buenos ciudadanos, ni son buenos amigos; y que así son una peste mortífera en todos los lugares en que viven: por lo que todos los gobiernos deben aplicar los remedios eficaces contra este contagio ponzoñoso Yo de mi parte les daría un consejo á estos señores filósofos, que creo no deben despreciar, y es: que supuesto que reputan por bárbaros, insociables y enemigos, á todos los que no siguen su partido, y que no habiendo reino ni república en todo el universo, en que no se profese alguna religion, ó ya verdadera, ó ya falsa, se quiten de disgustos é incomodidades, reuniéndose todos ellos para ir á habitar á una isla desierta, en donde gocen placenteramente de esa felicidad imponderable y tan decantada con que nos brindan; que nosotros quedaremos por acá sin quererla disfrutar, y desde lejos les daremos las gra-

cias mas espresivas por la compasion con que nos miran como á indóciles, que no queriendo ser iluminados con las luces brillantes de su filosofia, estamos tan bien hallados en nuestro fanatismo, nuestras ranciedades y nuestras preocupaciones. De este modo todos viviremos en paz.

Amigo amadísimo: bien sabes que estas no son unas imputaciones. Una experiencia desgraciada nos ha enseñado estas verdades: nosotros somos testigos irrecusables en la materia; confesémoslo pues ingenuamente, que la confesion del que detesta su error es honorífica y gloriosa. Llegue finalmente el dia venturoso en que dando un eterno á Dios á esa filosofia enemiga del hombre, se disipen tus tinieblas con la luz apacible del evangelio.

Qué, ¿me acompañará hasta el sepulcro el desconsuelo y la pena de que á mi mayor amigo lo dejo sumergido en un laberinto de engaños y de errores, que le producirán una desventura eterna? No será así: yo tengo depositada toda mi confianza en Jesucristo, que te ha de dispensar una mirada de misericordia..... Pero qué, ¿te enterneces? ¿suspiras y te cubres de rubor?